



Rvdo. Beverly Carradine  
1848-1931

## *Fin del Luto y del Lamento*

por Beverly Carradine

## POR QUÉ ESCRIBO

Beverly Carradine

Mis razones para escribir sobre el tema de la santificación entera son las siguientes:

PRIMERO: Deseo ayudar a personas que como yo, han vivido en una cierta servidumbre todos los años de su vida cristiana deseando un reposo espiritual, perfecto, sin saber como lograrlo. Me dirijo a ellos.

SEGUNDO: Escribo a los jóvenes de la nueva generación. Ellos necesitan ser enseñados en cuanto a esa doctrina. Si nosotros no les ayudamos a comprender lo que nuestros ancianos y padres han sabido, ¿qué ha de ser el futuro de estos preciosos jóvenes?

TERCERO: Plenamente consciente de mis propias debilidades e indignidad, me dedico a abogar por una experiencia que me llena y me conmueve al escribir de ella. Me constituyo defensor y sustentador de una doctrina que sé es verdadera porque ha sido transformada en una realidad bendita en mi propia alma y en mi vida. “Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo”. Una sola experiencia de la vida regenerada y santificada vale más que diez mil teorías.

CUARTO: Con razón puede decirse que no existe un conocimiento correcto y general de la santificación entera. Hay miles que ignoran cuál es la entrada a la vida santificada y otros miles ignoran la naturaleza de la bendición misma. Si se les pregunta de qué se trata, nueve de cada diez de ellos contestarán que significa crecimiento en la gracia, a pesar de que las Escrituras claramente enseñan que el crecimiento es la obra del hombre y la santificación es la obra de Dios.

Por estas razones escribo y hablo de cosas que he visto y experimentado.

# *Fin del Luto y del Lamento*

por Beverly Carradine

En la opinión de la gente prevalece la idea de que tendremos que entrar al cielo antes que se termine para nosotros el dolor. Se nos dice que éste es un valle de lágrimas y de suspiros; y que los lamentos y el luto son el lenguaje común e insustituible de la familia humana hasta que el tiempo no sea más, y todos hayamos entrado por las puertas de perla a una ciudad eternal.

Sin embargo, Isaías claramente nos dice en los capítulos treinticinco y sesenta de su profecía que los días de luto y lamento terminarán *aquí en la tierra*. El hombre no ha entrado aún al cielo, pero el cielo ha entrado al hombre. Por supuesto, las Escrituras no enseñan que las causas del dolor natural terminarán; o que nuestros corazones no sentirán las amargas punzadas del duelo cuando nuestras lágrimas estén cayendo sobre el rostro pálido y frío del ataúd. Nuestro Salvador lloró. Los más santos de todos los seres humanos seguirán sintiendo el dolor que, en forma natural e involuntaria, surge bajo los malos tratos causados por la ingratitud, la falsedad, la crueldad y el mal. Se percibe el sufrimiento en las palabras de nuestro Señor cuando dijo, “La mano del que me entrega está conmigo en la mesa”. Evidentemente, hay angustia que no es resultado de malas acciones, y que aun un corazón puro y una vida piadosa son afectados por la mano, la lengua y los actos de los malhechores. Que estas situaciones existan no contradice la promesa de la Biblia que hay una experiencia espiritual en la que los días del luto y del lamento han terminado.

Se debe recordar que la Escritura no pretende ser un tratado sobre la ciencia, ni ha sido escrita para satisfacer la curiosidad sobre hechos misteriosos y desconocidos del universo y de la vida más allá de la tumba. La Biblia es un tratado acerca de la salvación. Trata con la sanidad y la liberación nuestra de la enfermedad del pecado. Trata con los hombres desde el punto de vista de la redención. Reconoce y enseña que la causa originadora de todo el dolor en este mundo fue la entrada del pecado a la raza humana. Y que, aún hoy, en cada vida, la mayor causa de los días llenos de dolor y de las noches colmadas de tristeza es el pecado en alguna de sus muchas formas.

Entonces, al presentar una salvación que libra de todo pecado, y viendo a los hombres siempre a la luz de la redención, el Libro de Dios naturalmente y con razón declara que se puede encontrar una bendición tal que nuestros días de luto y duelo terminen.

En primer lugar, este estado maravilloso comienza con el perdón.

Porque es el recuerdo de nuestras transgresiones y su presión sobre nuestra conciencia que doblega el corazón y trae repetidos suspiros y lamentos. Por lo tanto, es razonable creer que, cuando Dios, por amor a Cristo perdona nuestros pecados, entonces mucho de nuestro dolor termina. Entonces los tiempos de penumbra relacionados con su existencia acabarán.

En segundo lugar, a través del nacimiento del Espíritu recibimos el poder por medio de la gracia para vivir sin pecado. Porque la Palabra dice, “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado”.

Todos sabemos, por nuestra amarga experiencia que en el instante que hacemos el mal, la sombra del dolor cae sobre nosotros y toma posesión de todo nuestro ser. Esta penumbra no sólo indica la desaprobación divina, sino también es la protesta del alma contra la iniquidad. Pues el hombre jamás fue creado para pecar. Está claro, entonces, que si la salvación en el Hijo de Dios

libera de la esclavitud al pecado, asimismo pone fin a los días que oscurecen nuestro existir por quebrantar un mandamiento de Dios o manchar nuestras vidas con pecado.

Un tercer motivo de tristeza al alma es la presencia del pecado innato.

Este pesar del corazón no es continuo sino ocasional pero siempre da motivo de dolor al regenerado. El pecado es un principio oscuro, y cuando aún permanece en el cristiano en forma de la mente carnal, con seguridad afectará el espíritu con extraños períodos de melancolía.

En tales casos, el cristiano no recuerda haber cometido ningún pecado voluntario. Sin embargo, existe una influencia que deprime la mente, conduciendo a tiempos de amargura, y de espíritu desalentado y debilitado.

La Palabra de Dios declara que este “cuerpo de pecado” puede ser destruido. En este caso, esos días de penumbra espiritual y de oscuras noches ya no existen. De manera que, otra cantidad numerosa de esos días de lamento ha terminado.

Una cuarta causa de sombras en las vidas de quienes pertenecen al pueblo de Dios proviene de errores, equivocaciones y fracasos que, aparentemente, son inseparables de la vida humana aquí en la tierra.

Por cierto, mientras no conozcamos todo, mientras no podamos comprender y medir a los hombres; y mientras estemos cortos de atributos infinitos como la omnisciencia, omnipresencia y omnipotencia, no nos debe parecer asombroso, ni imperdonable para con nosotros mismos y los demás, que tomemos decisiones poco sabias, nos equivoquemos en juicio, o que fracasemos en nuestras empresas y labores en maneras demasiado variadas como para mencionarlas.

Hay hombres y mujeres piadosos, cuyos corazones están limpios, que viven vidas rectas y aceptables a los ojos de Dios, que no han puesto fin a sus días de lamento porque se han encontrado justamente con tales situaciones.

Como pueblo santificado, es el privilegio de estas personas vivir como se describe en los capítulos treinticinco y sesenta de Isaías; y efectivamente, así viven la mayor parte del tiempo. Pero al equivocarse, al cometer errores y fracasar, siendo negligentes en tratar con estos asuntos como Dios nos pide, o no comprendiendo qué hacer en estos casos, la inevitable consecuencia es un período de lamentación.

Habiéndose terminado los días de tristeza por pecados cometidos o por el pecado innato, ellos saben cómo deshacerse de las sombras que son originadas de esas pasadas experiencias; pero se hunden en melancolía por males menores y dificultades pequeñas.

He conocido a personas de las mejores y más piadosos que hablan palabras sin sabiduría; que no logran hacer lo que es exactamente correcto o propio al realizar algún complicado y frustrante deber. Luego, se hunden en depresión durante horas enteras por lo ocurrido.

He oído a hermanos laicos balbucear en su oración; al director de alabanza cometer algún lamentable error durante el servicio; o a un predicador que fracasa en forma muy conspicua durante su sermón por encontrarse exhausto o por el calor agotador del ambiente. A algunos, el dolor y el lamento por el fracaso los agobió durante horas, aun días; mientras a otros permaneció permanentemente como una memoria de dolor y humillación.

No será necesario demostrar cómo este estado de ánimo afecta a algunas personas en sus labores posteriores, ni cómo esa igualmente infeliz influencia afecta a otros cuando un líder se encuentra en tales estados de ánimo. Cuando nos encontramos mentalmente preocupados o cargados, apenas podemos hacer lo que Dios quiere, o ser lo que Él pide. El rostro ansioso, el tono de voz afligido y la mirada vacía obrarán siempre en nuestra contra mientras procuremos hacer el bien. Y debemos darle gracias a Dios que no acarreamos ninguno de éstos males con

nosotros al cielo. Isaías dice, al describir esa multitud, que vio que la tristeza y el gemido huían de ellos, y que el gozo perpetuo estaba sobre sus cabezas.

Quizá la felicidad culminante de una salvación completa será el descubrimiento que podemos poner nuestros errores y fracasos justamente donde ponemos nuestros pecados: bajo la sangre de Cristo y en las manos de un Dios todopoderoso que prevalece sobre todo.

Algunos han aprendido cómo se hace esto, y viven en esta felicidad cada día, cada hora, y cada momento. De manera que para ellos las Escrituras al fin se han cumplido perfectamente. Y todos sus días de lamento y luto se han terminado.

En una convención a la que asistí una vez, un buen hermano se puso en pie a la hora de dar los testimonios queriendo relatar algo. Para su asombro, todas las circunstancias del incidente se le escaparon. Ante cientos de personas que lo miraban, y mientras aumentaba el silencio de la congregación con cada instante que pasaba, la situación se volvía más tensa y angustiada para él. Repentinamente, vi que se iluminó su rostro, mientras dijo: “Se me ha olvidado lo que quería decir. Pero, de todos modos, ¡aleluya!” Y se sentó.

Todo ocurrió con tanta sencillez, con tanta humildad y belleza que las lágrimas se asomaron a los ojos de muchos de los oyentes, mientras abundaban las alabanzas a Dios.

Algunos hombres se habrían mortificado por meses o años por semejante incidente. Pero mi hermano poseía el secreto del cual estoy escribiendo. Para él, los días de luto y lamento habían terminado.

En cierto campamento en el Sur, no importando cuánto resistieran los hombres ni cuánto rugieran los demonios, y a pesar del grito de la batalla, dos predicadores fieles que laboraban conmigo alababan desde sus rodillas al Señor con gritos de triunfo porque eran ¡triunfadores!

Esta es la misma verdad que enseño en este artículo solamente que en diferentes palabras. Hasta donde yo he podido ver y comprender las cosas de esta vida, el hombre que triunfa es el hombre feliz, mientras que el derrotado es el que gime. Nuestras palabras nos traicionan. Nuestras palabras declaran cuál es nuestra condición espiritual.

Téngalo por cierto que si nosotros renunciamos a nuestros pecados, vencemos al adversario, venimos bajo la sangre de Cristo toda situación triste y difícil, en la misma forma como anteriormente habíamos puesto nuestro pasado y aun nuestras almas; y nos mantenemos en este estado. Entonces, sin lugar a dudas, somos triunfadores, y los días de nuestros lamentos habrán terminado.